

mites del progreso humano, como es necesario conocer los límites de la humana inteligencia. Desvariado llamaríais á quien se propusiese burlar el principio de contradicción que reina en los cielos y en la tierra. Y desvariado debe llamarse al que intenta destruir el Estado en sí, órgano necesario de la sociedad, y al que intenta destruir la propiedad

individual, necesaria dilatación de nuestro sér. Cuando tan lento es, y tan penoso el trabajo de renovación social, cuando tanto se necesita poseer un luminoso ideal y contar con las tristes asperezas de la realidad, escribir una utopía, es dar al pueblo por bandera una sombra.

CAPITULO XIX.

LOS GRANDES CRÍMENES.

La historia contemporánea no presenta en sus anales año tan funesto como el año de 1870. Cada vez que la memoria se convierte á sus recuerdos, se estremece de dolor el corazón. Necesitaríase la elocuencia de Bossuet para trazar esta fúnebre epopeya en que resuenan por todas partes los cánticos apocalípticos de los ángeles exterminadores mensajeros de las venganzas celestes.

Abrese en el proceso del asesino Troppman, proceso iniciado en 28 de Diciembre de 1869. En las puertas de aquel París tan celado por a policía imperial, donde apenas era posible respirar á los que soñaban con la libertad; infame jóven, aborto del infierno, extermina á una familia entera, á débil mujer, á pobres niños, para quedarse con su mezquina hacienda. Y sin que tanto esbirro lo sepa, puede llevarlos en coche de alquiler á un huerto de Pantin, descenderlos uno á uno, herirlos con sus instrumentos de matanza, rematarlos, enterrándolos en grandes hoyos durante toda una horrible y siniestra noche de tormentas. Parecía que el cielo trataba de

llenar con horrores excepcionales el comienzo de este año de horror. Así los ánimos estaban entristecidos, apenados cual si presintieran la catástrofe. Sólo un hombre había verdaderamente risueño en la tristeza universal, Emilio Ollivier. Acababa de fundar su Imperio liberal, de componer su ministerio parlamentario, y se sonreía á la esperanza de una reconciliación segura entre la democracia y el César. No contaba con que su política sólo podía afirmarse en la paz, y con que la naturaleza del cesarismo, naturaleza de fiera de los bosques, lo llevaba indefectiblemente á la guerra. Al ver los antiguos doctrinarios desertar de la monarquía de Luis Felipe; el austero Guizot pasar á ser su cortesano; Thiers vacilando; Paradol admitiendo una embajada; imaginaba hecho el milagro, convertida la dictadura cesarista en monarquía á la inglesa. ¡Inocente!

Corría el 10 de Enero de 1870. El Cuerpo Legislativo estaba lleno de bote en bote. El Profeta de la nueva monarquía liberal trataba de sus ideas, de sus ilusiones, de sus espe-

ranzas, con esa magia en el estilo y esa música en la voz que no bastaban á ocultar los sofismas del pensamiento. Discutían con él en liza abierta los dos grandes atletas de la palabra; Julio Favre que había opuesto á su discurso razones de sentimiento, y Leon Gambetta que le ha opuesto razones de convicción y de ciencia. El primero recordaba al ministro del Imperio sus mocedades; la austera figura de su padre perseguido por demócrata; el cadáver de su joven hermano muerto en duelo por defender la República; los discursos y las palabras de otros días de fé y de esperanza; los votos merecidos á una ciudad tan avanzada como París y sólo alcanzados por un juramento de odio eterno al Imperio y por una promesa solemne de reivindicar la forma de gobierno asesinada en la noche eternamente luctuosa del Dos de Diciembre. Y el segundo decía bien claro y bien alto que si con él se quería contar para concluir el matrimonio de la libertad con el Imperio, se engañaban; porque él creía el sufragio universal y la libertad incompatibles con toda casta imperial y con todo principio hereditario.

Sonreíase desdeñosamente Ollivier, y tornaba á sus afirmaciones, á su programa, á su empeño de alianza entre el Imperio y la democracia sostenido por su propia vanidad, y por su dócil mayoría que lo trasportaban al colmo de la ventura. Todo le parecía en aquel momento, á los nueve días de poder, teñido con los matices rosáceos de sus ilusiones y de sus esperanzas, y todo le engañaba. Aun no estaba terminada la sesión cuando horrible noticia se divulga por todas partes: un Bonaparte, un príncipe de la sangre, un miembro de la familia imperial, de la dinastía cesárea, acaba de asesinar á un hombre, á un ciudadano, á un joven en la flor de su edad, á un escritor en los comienzos de su carrera y de su gloria. ¡Qué inmensa desgracia!

¿Y cómo sobrevino? El príncipe, primo

hermano del Emperador Napoleon, habitaba en Auteuill, en pueblo de los barrios extremos de París, á las puertas del bosque de Boulogne, modesta quinta en compañía de su familia. Había indudablemente en este personaje algo de siniestro, de extraño; y más que un hombre real, perteniente á la historia, parecía el héroe y el protagonista de fantástica leyenda. Imaginaos un caballero feudal de la Edad Media, engendrado en los carros de guerra, nacido en las batallas, criado al calor del incendio y entre los horrores de la matanza; cuya infancia es ya el ejercicio de la pelea, cuya juventud es tragedia espantable de lances amorosos y puñaladas secas; que ha pasado de los castillos á las cárceles; y que ha ido por el mundo entero dejando tras de sí una nube de humo y un rastro de sangre como el demonio de las tradiciones católicas; imagináoslo, juguete de todas las tempestades, víctima de todas las pasiones, protagonista de todas las aventuras; soldado que no ha podido alcanzar el laurel de la gloria; tribuno que no ha podido gustar el embriagante licor de la popularidad; príncipe que no ha podido ceñirse una corona ni sentarse en el dintel de los tronos ocupados por los suyos; imaginaos la naturaleza más ardiente, la imaginación más febril, la inteligencia más ciega, la voluntad más arbitraria, el carácter más impetuoso, el orgullo más satánico, y tendreis idea del príncipe que se había desvanecido en la memoria general como una sombra para reaparecer como un desalmado asesino.

Los habitantes de Auteuill recordaban su casa envuelta en el misterio, sus paseos solitarios, su faz vulgar, sus ojos siniestros, su sonrisa amarga, su mal humor nunca reprimido, sus historias tétricas contadas algunas veces con verdadera voluptuosidad de memoria á los vecinos que habían podido abrirse paso hasta aquel hogar habitado por una ambición sin esperanza. El príncipe estaba en desgracia por una buena acción que debe con-

tar ampliamente quien no tiene empeño en calumniar ni ennegrecer la naturaleza humana. Había tenido amores con una modesta muchacha, hija de honrado ebanista del barrio de San Antonio, y en ella algunos hijos que quiso legitimar solemnemente. A este fin se dirigió al Emperador Napoleon, y es curiosa, curiosísima la correspondencia cambiada con este motivo entre los dos Bonapartes. «Séame permitido, exclamaba el príncipe Pedro pidiendo permiso á su primo para casarse, una penosa reflexión. La situación excepcional que el Estatuto impone á los miembros de la familia de los Bonapartes me castiga con una especie de interdicción de los derechos civiles y políticos. Estoy herido de una inhabilitación, y de una forzosa renuncia al servicio de V. M. y del país. El cumplimiento de los votos más legítimos y de los deberes más sagrados encuentra insuperables obstáculos. ¡Y sin compensación suficiente! Plantear estas cuestiones equivale á persuadirse de que serán atendidas y consideradas, si no falta V. M. al gran concepto que siempre he tenido de la grandeza de su alma.»

El Emperador se negaba á conceder el permiso deseado para el casamiento. Y el príncipe Pedro le respondió: «Falto de todo crédito, de toda participación en los negocios públicos, de toda probabilidad de mejorar mi estado, espero por lo ménos que V. M. venga en mi socorro. Si quisierais, Señor, comprarme mis tierras de Córcega, podría yo completar mi modesto establecimiento en los Ardenes. Mis tierras son muy buenas para establecer en ellas una granja-modelo, un cuartel de gendarmes, ó cualquier otro público edificio. Debo sacarlas á la venta, y no creo hacer un gran negocio, si V. M. no se presta á mi demanda.»

El Emperador le contestó á todo negativamente. «No puedo, por mucho que me duela, acceder á vuestras súplicas. Hay consideraciones que se oponen á la legitimación de vuestros hijos, y consideraciones que se opo-

B.

nen á la celebración del matrimonio que habeis pensado contraer. Cuando se tiene el honor de llevar vuestro nombre, hay conveniencias que no se pueden desconocer. Las incomodidades que os imponen, no vienen á ser, despues de todo, sino la débil compensación de ventajas por todos envidiadas, y á las cuales supongo no pensareis renunciar. Siento mucho la imposibilidad en que me hallo de adquirir los bienes que poseeis en Córcega y que deseais enagenar. Estas propiedades no pueden servirme de ninguna utilidad y me acarrearían nuevos gastos. Mi presupuesto está hartamente cargado para imponerle nuevos sacrificios.»

«Señor, decía el príncipe Pedro, no puedo dejar sin respuesta la carta de V. M. Creo firmemente que faltaría á todas las conveniencias faltando al deber sagrado de legitimar á mis hijos y de contraer matrimonio con su madre, de modesta cuna, pero de intachable vida. No sé bien cuáles son las ventajas que V. M. cree envidiadas de todo el mundo. Si se trata de títulos que no son aquellos que me debe el Imperio, y que no van acompañados de las ventajas materiales en armonía con ellos, no les doy ningún valor, y voté su supresión cuando tuve el honor de sentarme en la Asamblea constituyente. Si se trata de mi nombre, solamente lo debo á mi cuna y á mi padre, que en verdad no me ha dado ejemplo alguno que me obligue á faltar á mis sentimientos. Si se trata de la pensión que V. M. me entrega, no representa sino una débil parte de los bienes de que los Borbones nos han privado por un despojo inicuo, para servirme de las mismas expresiones de un documento oficial emanado de V. M. que tengo entre las manos. Para concluir, Señor, suceda lo que quiera, no hablaré al deber paternal. Y si es necesario, yo, que durante cuatro años pasados en la representación nacional, jamás depuse un voto, un solo voto contrario á la libertad de los demás, tomaré el camino del destierro y pediré am-

65

paro á las instituciones de los pueblos libres.»

Tenia razon, y razon sobrada, el príncipe contra el Emperador en este asunto. ¡Cómo! Por llevar sangre de un César en las venas, y pertenecer á familia de dioses, y subir desde la cuna al trono, es necesario que el hombre desdiga de la naturaleza humana, olvide los sentimientos más arraigados, desoiga la voz del corazón, abandone la mujer que le ha entregado su amor y su honra, niegue los pedazos del alma, los hijos, y crea que le es dado hollar todas las leyes divinas y humanas, pues de otra suerte cae en el abismo común donde se pierden y se borran los seres vulgares, obedientes á su conciencia, celosos de su honor, devotos á su familia, sujetos al deber moral y social, que no reza con aquellos nacidos para llevar una corona, y necesitados sin duda para distinguirse del resto de los hombres, ser inferiores á todos ellos, y brillar con las marcas de la infamia y la predestinación al crimen.

Casóse, pues, Pedro Bonaparte, y el Emperador encontró en este matrimonio pretexto para alejarlo de su lado y tenerlo á respetuosa distancia de su trono. La violencia era el rasgo distintivo de aquel desalmado. Como los volcanes, salía de pronto su negra alma en erupcion y lo abrasaba y lo consumía todo bajo las ardientes lavas de sus pasiones sin freno. El puñal era su dios y le prestaba culto. En mil ocasiones de su vida habia llegado á uno de esos extremos en que no hay otro remedio sino morir ó matar. Los tribunales de Europa y América entendieron de antiguo en sus fechorías. Una de sus hermanas escribía al rey José, cuando Pedro era aun muchacho, acerca de su natural perverso y de su irresistible inclinacion al crimen. Para corregir estós ímpetus se necesitaba una severa educacion de hombre, y Pedro tenia educacion de príncipe. Cuentan que á manera del héroe de la leyenda antigua, mordía el pecho de su nodriza, como si en vez de leche, buscase para alimentarse humana sangre. La pasion

libre llenó su juventud, consumida toda ella en el placer y en los combates. Cualquiera diría que no estaba bien ni á sus anchas en este mundo y que necesitaba compartir la vida con aquellos condotieros á quienes puso Dante en el infierno llevando la propia cabeza en la mano como para jugar con ella á la pelota. El amor desordenado de sí le llevaba á la cólera, y la cólera á odiar todo lo que no fuera él mismo. Esta pasion le arrebatava y en estos arrebatos perdía el sentido por completo. Encerrábase en sí mismo á veces por largos años, se aislaba en su altivo sér, como el caballero feudal en su castillo; y cuando salía su alma de sí misma para manifestarse, salía rompiendo por todo, no como el sosegado arroyo, como el impetuoso torrente. Por largos años condensaba nubes de odio que concluían lloviendo mares de hiel. Los que le han visto en esos momentos, colérico de una cólera largamente condensada, lo han descrito, las sienes sonando á los martillazos de la ira; el corazón de sangre henchido; lívida la color, trémulo el lábio, la voz entre aflautada y ronca como los mahullidos del tigre, contraídos todos los músculos, apretados los dientes, abiertas las narices como para respirar el aliento encendido que se escapaba de su volcánico pecho, caídas las cejas como dos negras sombras sobre los ojos fulgurantes con el fosfórico fulgor de los ojos del gato ó de la lechuza; semejante á la estatua del gladiador en cólera, á las figuras de los condenados en los frescos de Orvieto, al héroe antiguo arrastrando atado á su carro de guerra el cuerpo de su rival en torno de las murallas de Troya.

La irritacion de su carácter sostenía la irritacion de sus nervios y de su sangre. Tanto la vida material como la vida moral era ciertamente en él, un desórden completo. La cólera, el odio, la venganza lo poseían, y ora se arrastraba como una culebra, ora saltaba como un tigre, ora combatía como el rey de los desiertos, ora escarbaba el suelo como el huron de las madrigueras, ora caía sobre su

presa como el águila, acostumbrado al ataque y á la fuga, semejante á esos animales tan bien preparados por la naturaleza para apropiarse los animales que necesitan, y defenderse del odio universal reinante sobre el Universo en los eternos campos de batalla donde se pelea por la vida. Véase que era de una raza de conquistadores, de hombres de exterminio, y que tenia de los conquistadores la sed hidrópica de sangre, el hambre voraz de matanza. Gustábale ir nómada, errante, en actividad inquieta, como si el Universo entero fuese un teatro, y la vida un drama; cazar por las selvas, combatir con las olas, habitar los campos, dormir al aire libre, pelear á todas horas; y así entraba en las conjuraciones de los carbonarios de Italia, donde se contendía por la luz al abrigo de las sombras; se alistaba en las compañías de los piratas de Corfú y asaltaba los barcos mercantes aun á riesgo de que lo colgaran de una entena; vestíase los saraguelles turcos, el chaleco de mil colores, el cinturón cargado de pistolas y puñales, el gorro griego, y se iba como un héroe de los poemas de Biron á esgrimir su gumia, y descargar su carabina en los desfiladeros de Albania; erraba por los campos romanos como un bandido de Salvator Rosa, y en ellos, en sus majestuosas ruinas, en sus montañas de ceniza atravesaba de aleve puñalada á los esbirros del Papa despues de haber en el archipiélago helénico, ahogado á los corsarios de Grecia; filibustero en América y cazador en Africa, republicano y príncipe, oficial de los tercios franceses é improvisador de versos estrambóticos en lengua italiana á la manera de los lazaronis de Nápoles; votando en la Asamblea Constituyente los principios de la extrema izquierda socialista y poniendo en verso la vida de César de su imperial primo, el monumento levantado al despotismo; hábil como dice el historiador Claretie en respuntar la guitarra y en manejar la navaja, mezcla informe de príncipe, de demagogo, de cortesano, soldado de Catilina y de César, un le-

gendario aventurero, escapado de las edades de la guerra y del despotismo, incompatible completamente con nuestra civilizacion y nuestra cultura.

No puede abrirse la correspondencia del príncipe sin hallar alguna queja de su primo y de la corte. Ya se duele, como hemos visto, de que no consienta la legitimacion de sus hijos; ya de que no le autorice para casarse con la mujer elegida por su corazón; ya de que le han olvidado por completo á pesar de contener las cuentas imperiales continuos donativos en dinero; ya de que no le guardan los dependientes de su primo todos los respetos debidos á su nacimiento y á su gerarquía. Es curiosa la correspondencia sobre una partida de caza que se ha encontrado en los papeles de las Tullerías. El príncipe dice que le dan solamente dos mil quinientos francos por mes y necesita cinco mil: que le quieren mandar á Córcega en la estación de la *Malaria*, y necesita ir á otros campos más sanos donde se respiren aires ménos infestados. En otra carta dirigida á Mr. Mocquard, le dice: «El Emperador ha tenido la bondad de acordarme una autorizacion para cazar en Rambouillet. Su Majestad no habia puesto otra restriccion á su permiso que la de no tirar á los ciervos. Poco á poco los guardas han restringido de tal manera mi autorizacion que no me sirve de nada. En fin, este año, he escrito en los mejores términos al príncipe de la Moskowa. Y me ha contestado una carta inconveniente, que no contenia ni mis títulos ni el tratamiento que me corresponde, consentido por Su Majestad. ¡Y luego me trasmite un permiso, pero prohibiéndome tirar á los faisanes!... ¡A qué, pues, podré tirar?» En otra carta hablaba al Emperador mismo de la vida que llevaban los individuos de la familia imperial y de las peligrosas relaciones amorosas que muchos de ellos anudaban, comparándolas con su honradez y con su deseo de vivir pacíficamente en compañía de sus hijos y de su mujer legítima.